
Emilio Lluca Ubeda

El museo arqueológico de Sagunto

Es casi normal encontrar piezas arqueológicas en Sagunto en cuanto se realiza cualquier labor agrícola, o en el derribo de edificios, hallar cualquier indicio de romanización. Esto sucede tanto en el recinto de la acrópolis como en sus laderas; se encuentran cerámicas, inscripciones, monedas, útiles corrientes; otras veces hasta estatuas, mosaicos, etc. Esto viene ocurriendo desde que fueron ocupadas tales tierras por gentes pertenecientes al Islam, época en que se construyeron nuevos edificios sobre las viejas ruinas y se puso en marcha otra vez el agro saguntino.

¡Cuántas veces hemos oído decir que de conservarse todo lo que en Sagunto se ha encontrado tendríamos un gran museo!. Cuanta verdad encierran estas palabras; y más si tenemos en cuenta que tras milenio y medio de vida urbana y agrícola, aún sigue siendo importante cantera de testimonios del pasado esplendoroso de la antigua Saguntum. Pensemos lo que sería cuando sobre las edificaciones romanas y sobre sus ruinas, así como templos, quintas, necrópolis, sólo existía la tierra que el transcurso del tiempo había ido depositando.

Pero, al parecer, las venerables ruinas y restos antiguos no despertaban ningún interés hasta el siglo XVI en que los humanistas intentaron ver en aquellos objetos las voces de épocas pretéritas, que podían darles noticias no reflejadas en los libros de los autores latinos, o incluso completar crónicas de la historia. La numismática y la epigrafía gozaban de gran prestigio en aquellos años; se acuñaron grandes colecciones de monedas y las lápidas para evitar su pérdida eran empotradas en los muros de las casas de nueva planta, donde, si bien eran maltratadas por las inclemencias del tiempo, al menos se conservaban. La idea de un recinto en donde se conservarían los objetos antiguos era una necesidad apremiante que afloró gracias al interés del Príncipe Pío y de su contemporáneo Francisco Pérez Bayer. Este último puso de manifiesto la existencia de unas piedras escritas con un alfabeto desconocido -el ibérico- «En caracteres desconocidos -decía al con-

de de Florida Blanca en carta fechada el 29 de junio de 1787, griegos, sin duda y del primitivo antiquado alfabeto de este idioma», «eran unos monumentos preciosísimos», que en Murviedro, «a excepción de uno, están a la mano, arriesgadísimos á un golpe ú otra injuria». Esto hizo pensar a Pérez Bayer la idea de la reunión de dichos materiales en un local, que por la forma que lo concibió el ilustre personaje, podemos considerar el primer Museo Arqueológico de Sagunto, y podía ser la idea de lo que hoy concebimos como museo monográfico, ya que solo se recogerían las inscripciones ibéricas; las romanas, según Pérez Bayer, «en realidad sólo sirven de manifestar la grandeza en otros tiempos de aquel pueblo, y justificar su verdadero sitio». Por el contrario, las ibéricas eran «piedras preciosas cuya falta se llorará perpétuamente por la gente que ama esta recóndita erudición: porque no tendrá ya en los originales, como hoy tiene, un seguro pie sobre que tirar sus líneas ni se fiará de las copias».

Por todas esas razones, Pérez Bayer propuso la creación del Museo: «Assí que, Señor Excelentísimo, no solo conviene sino que es necesario de toda necesidad que estos monumentos se pongan á cubierto de toda injuria y se coloquen en la Casa Ayuntamiento de dicha Villa, en pieza cerrada y segura: á buena luz y proporcionada elevación para que puedan verse y copiarse comodamente por los curiosos...». Para realizar el traslado de las inscripciones desde los lugares en donde se hallaban, se comisionase al Dr. Enrique Palos y Navarro.

El proyecto de Pérez Bayer fue bien acogido por el Ministro Florida Blanca, pero fue el nombramiento del Dr. Palos lo que dificultó su ejecución. Era Palos y Navarro, según las propias palabras de Pérez Bayer, «por lo que mira á hombría de bien...un sugeto acabado (es decir, cabal); piensa con mucho pundonor, es mui aplicado a las antigüedades de su Patria y celoso del cumplimiento de las órdenes de S.M.». Por esta razón le consideró «sugeto que puede ser en aquella Villa util para la conservación de los preciosos monumentos que en ella se conservan». Pero habia un inconveniente aunque al parecer para Pérez Bayer no lo era, y es que Palos no gozaba de la consideración de los eruditos de la época, siendo objeto de críticas y burlas de la mayor parte de los humanistas valencianos, encabezados por el conde de Lumiares. El promotor del Museo saguntino reconoce que Palos «no tiene aún todos los conocimientos necesarios, pero los irá acabando de adquirir con su estudio y el uso y práctica».

El conde de Floridablanca ordeno al Ayuntamiento de Murviedro que cuidara de los monumentos descubiertos. Así pues, en abril de 1788, entró la orden del ministro en el dominio de la burocracia. La falta de suficiente

documentación publicada hace ya varios años por Felipe Mateu y Llopis, nos impide saber el resultado de todas esas gestiones.

En 1792, siendo ya ministro Godoy, se publicó una Real Orden confiando al Dr. Palos y Navarro el cargo de «Conservador de todas las antigüedades de Murviedro, con facultad de impedir su ruina y sustracción», lo que le permitió conseguir una pequeña colección de epigrafía tanto ibérica como latina. En la habitación que el Ayuntamiento había habilitado a tal fin, pudo copiar varios epígrafes el francés Laborde cuando, en 1793, visitó Murviedro. Este «cuarto de les pedres» sería el primer museo saguntino, del que apenas si se tienen noticias, pero que al parecer era más almacén que no un lugar de exposición, como pretendía el proyecto de Francisco Pérez Bayer.

Llegamos al siglo XIX, cuya primera mitad fue excesivamente agitada para que la atención de las gentes se fijara en labores eruditas y pacíficas. Pero, en 1860, el cronista de Valencia, Vicente Boix, se propuso el noble empeño de reunir en el teatro romano las piedras escritas que se encontraban desperdigadas por doquier. Hasta el monumento llevó las que pudo, sujetándolas con cemento a las paredes laterales de la escena, dejando las más sueltas, más o menos ordenadas cronológicamente a la entrada del teatro romano, que por aquellos años había sido cercado por una verja a cuenta de la Diputación Provincial de Valencia. La idea de reunir en el teatro la colección epigráfica se debía a la visita que realizara en 1859 el comisionado por la Real Academia de La Historia, Antonio Delgado, uno de cuyos objetivos era «impulsar la formación, ya comenzada del Museo Arqueológico», en cuya visita le acompañó Vicente Boix. Sin embargo, y tras el esfuerzo de Boix, sólo se había reunido una docena de inscripciones; las demás se hallaban empotradas en las casas de la ciudad o, lo que es peor, se habían perdido para siempre.

La modesta colección iniciada por el ilustre setabense, cronista de Valencia, fue creciendo rápidamente gracias al interés de los saguntinos, en especial del cronista de la ciudad el siempre admirado Antonio Chabret Fraga, quien en 1888, había conseguido doblar su número: veinte lápidas latinas y una ibérica se encontraban en el recinto del teatro romano. El interés de Chabret y de un buen número de saguntinos amantes de su pasada historia, mostraba impaciente la necesidad de crear en la ciudad un museo, un local en el que recoger los restos del pasado remoto de Sagunto.

No sólo aparecían o se recuperaban lápidas: en unas ocasiones la casualidad y en otras la rebusca, iban proporcionando restos diversos; abundaban los restos arquitectónicos, utilizados la mayor parte de las veces co-

mo material para la construcción (fustes de columnas, capiteles, bajorrelieves, etc.). Había también restos de figurillas de bronce, cabezas de mármol, fragmentos de estatuas, que la mayoría fueron a parar a manos del mercado anticuario, de donde pasaron a colecciones privadas, hoy desaparecidas. O mosaicos, como el famoso de Baco hallado en 1745 y que, conservado por Real Orden bajo un cobertizo, fue perdiéndose poco a poco al llevarse los visitantes, como recuerdo, las teselas. Aparte de vasijas o fragmentos de las mismas que iban apareciendo a lo largo de los años y que la curiosidad de algunos aficionados permitió conservar, apenas quedaba nada.

Ya en este siglo, y más concretamente en 1920, Sanchis Sivera publicó su recopilación de epígrafes romanos de la diócesis valentina, dando noticia de más de doscientas lápidas, de las que solamente se conservaban ochenta y cinco. Aunque se habían recuperado unas cuantas más, las pérdidas también habían aumentado. El problema seguía siendo el mismo del siglo anterior, y en lo que respecta a objetos no epigráficos, a los que conforme pasaba el tiempo la ciencia histórica concedía más importancia, el estado era cada vez peor.

Un año después de la publicación de Sanchis Sivera, el profesor Manuel González Simancas, realizó unas excavaciones en el recinto de la Acrópolis, como primer intento serio de averiguar la historia sepultada de Sagunto. Al citado excavador se le presentó el problema de la conservación de los objetos que iban saliendo a la luz, resolviéndolo, de forma más que provisional, al habilitar unas pequeñas dependencias del arruinado pabellón que había sido residencia del gobernador militar de la fortaleza, en la llamada plaza de Armas, para almacenar en ellas los materiales arqueológicos que iba recuperando a la penumbra de los siglos. Pero el verdadero problema que encontró el arqueólogo González fue el de la propiedad del Castillo, que pertenecía al Ministerio de la Guerra, con lo que una serie de inconvenientes burocráticos y de cuestiones de competencia, retrasaban la solución del cada día, conforme las excavaciones iban acumulando nuevos materiales, más acuciante problema del museo.

El abogado valenciano Juan Pérez Lucia, inició la petición de 25.000 pesetas al Ministerio de la Guerra, para construir en el recinto de la acrópolis, un Museo destinado a exhibir los restos arqueológicos de las excavaciones llevadas a cabo por González Simancas y por iniciativa del Príncipe de Asturias. Dicha cantidad se logró apenas formulada la petición y a los ocho meses era una realidad el Museo Militar, cuya construcción corrió a cargo del cuerpo de ingenieros militares.

Hasta 1925 no se construyó el edificio que, hasta hace poco, se ha lla-

mado Museo del Castillo, pero cuyo título originario fue el de Museo Histórico Militar de Sagunto. Es de suponer que el excavador de Sagunto Manuel González Simancas, con el pretexto de encontrar muchos testimonios de la guerra de la Independencia, armas, restos de uniformes, insignias, etc., de los ejércitos napoleónicos, sugirió la idea de crear un Museo en el que se recogieran todos estos objetos a los descubrimientos verdaderamente arqueológicos.

El primer Museo de Sagunto es un sencillo edificio de severo estilo clásico, de orden dórico, que consta de un peristilo y una nave rectangular a los que se adosaron la casa del conserje y demás dependencias. Estas últimas se levantaron sobre las ruinas de la capilla y del pabellón del gobernador aprovechando los muros que aún quedaban en la plaza de Armas del recinto amurallado. A este local -provisional- se llevaron todos los objetos que se encontraban diseminados por el montículo y por la ciudad además de los que proporcionaban las excavaciones.

Desde 1925 hasta hace pocos años, Sagunto contó con dos museos; el del Castillo y la colección del Teatro Romano. Y naturalmente surgieron los inevitables problemas, en especial a la hora de determinar en cual de las dos colecciones debían ser ingresados los objetos arqueológicos que aparecían por cualquier punto de la ciudad que no fuera el Castillo. Tales colecciones, a raíz de la última contienda civil debieron ser embaladas y trasladadas a Valencia, donde permanecieron hasta el año 1943, fecha en que ya había fallecido el excavador de Sagunto González Simancas. Por ello, de la pesada tarea de reinstalar las colecciones se tuvo que ocupar Pío Beltrán Villagrasa, nombrado Comisario Local de Excavaciones Arqueológicas. También fue provisional la nueva exposición de los objetos recuperados, pues ya por entonces se había solicitado la construcción de un nuevo Museo, por ser completamente inadecuadas las instalaciones existentes. Cerca de diez años se tardó en contar con un nuevo edificio; fue la Delegación de Regiones Devastadas la que construyó en 1952, al pie de la acrópolis y junto al teatro romano, el que hoy alberga, de forma provisional, las importantes colecciones arqueológicas aparecidas en Sagunto y su zona de influencia. Es un sencillo edificio cuyas líneas se inspiran en ideas arquitectónicas romanas; consta de un vestíbulo, a cuyos lados existen dependencias accesorias, y una galería formada en rectángulo que rodea un patio descubierto. En la galería fue colocada la importante colección epigráfica latina, ibérica, hebrea, etc., y demás piedras trabajadas que anteriormente habían estado en los accesos del teatro.

Cuando se consiguió, al fin, reunir en el nuevo local todos los testimo-

